



CRONICAS DE PAZ

GUERRA DE ODIO EN CATALUÑA

... Y sentía una angustia infinita, una verdadera opresión en el pecho; sensación que se venía repitiendo en mí desde el comienzo de la guerra y de mis correrías al ras de los avances de nuestras columnas de reconquista. No lo podía remediar; pero incluso cuando me encontraba en un puesto artillero nuestro y escuchaba la voz de “¡Fuego!”, sentía un verdadero sobrecogimiento, y, sin poderme contener, con cara y acento entristecido, solía exclamar: “¿A dónde iré a dar eso...? ¿Qué se llevará tras de sí esa granada...?”

Sí, sentía una angustia infinita aquel día, metido en aquella casuca que el general Yagüe había elegido como puesto de mando en el frente y a las puertas de Lérida. Nuestras baterías, desde Alcarraz, bombardeaban la ori-

lla opuesta del Segre, pero ¡tiraban al campo!, y no más que al campo, procurando descubrir los cañones enemigos que, emplazados en Torres del Segre, Bellioch y Alcoletge, hacían fuego, no ya sobre nosotros en las líneas del frente del río, sino sobre la misma capital que acababan de abandonar, dejando como recuerdo de su paso incendios en la catedral, en el mercado, en San Antonio, en la Paheria y la Puerta de la Sal; en fin, en el mismo castillo y catedral vieja, empingorotados sobre el carro de *Mons Publicus*, desde donde los legionarios de Yagüe habían empujado tan fuerte, tan fuerte, que los rojos, que aun se defendían dentro del castillo, habían rodado por la pendiente hasta dar en la muerte, que era lo único que en su fuga ciega podía detenerles.